

L A A C T R I Z

(COMEDIA)

J U A N M O N T A L V O

L A A C T R I Z.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

Personas:

AMERICA.

ROSALIA.

TOMASA.

La señora de RIVAS.

SOFIA.

GERARDO.

D. ANSELMO.

El señor de GALLARUZA.

El Dr. BARRIONUEVO.

ARBELAEZ. Director de Escena.

Dos sirvientes.

A C T O I.

HABITACION DECENTEMENTE AMOBLADA.

ESCENA I.

AMERICA - GERARDO.

GERARDO.- (Entrando) ¡Cuanto trabajo me ha costado acercarme a Ud. señorita!

AMERICA.- ¿Trabajo, señor? ¿Y no es Ud. uno de los principales caballeros de Lima? ¿Por qué le ha costado trabajo acercarse a una pobre actriz?

GERARDO.- En primer lugar, yo no sé si en mi concurren todas las condiciones requeridas para un principal caballero; y en segundo, Ud. no es una pobre actriz, sino una de las más cumplidas damas españolas, que yo he visto en mi vida ~~en Lima~~.

AMERICA.- Gracias, señor. Es lícito a un caballero ser galante, pero no tan exagerado en sus requiebros. ¿Cuáles han sido los obstáculos para que llegue Ud. a esta pobre casa?

GERARDO.- Una indiscreción mía, en el momento en que, por primera vez, la vi a Ud. en un coche. "¡Qué mujer tan hechicera!" le dije a un amigo con quien paseaba. En más de una ocasión volví a tratar de Ud., mientras duró el paseo. He ahí que el panarra fue y dijo a mi familia, a mi padre y a mi hermana, que estaba yo enamorado de la celebrísima actriz del Municipal. Al momento mi mamá empezó con exclamaciones; mi papá, con miradas severas, como que iba a tomar medidas secretas, que coartarían mi libertad; y mi hermana, con rondas frecuentes, y repentina afición a las funciones teatrales en que Ud. se presenta. Mi papá concluyó con enviarme al campo, pretextando síntomas de enfermedad en mí.

AMERICA.- ¿Pero por qué tanto aparato?

GERARDO.- Debe Ud. saber, señorita, que las preocupaciones, entre nosotros, desvirtúan totalmente el concepto relativo al mérito verdadero.

AMERICA.- ¿Y llama Ud. preocupaciones el que una madre, un padre, una hermana, se interesen por el porvenir de un deudo, en relación con el amor? Ud. sabe que el amor es lo más importante en la existencia. Si no se da con el

blanco, la felicidad de toda la vida está eclipsada. ¿Y qué idea quiere Ud. que se formen una madre, un padre, una hermana, respecto de una actriz extranjera, sea hermosa o no, de antecedentes desconocidos, y de vida nada recatada, en virtud de su misma profesión. ¿No cree Ud. que deban temer, si llegan a saber su deudo se ha enamorado de una actriz?

GERARDO.- Señorita...Pero no todas las actrices son desenvueltas, e indignas del amor de un hombre honrado.

AMERICA.- (Riendo). Yo estoy convencida de ello; pero también lo estoy de que no todos conocen las virtudes de ella, y de que tienen mucha razón de precaverse. Parece que no sería honrada y virtuosa la actriz que no disculpase los escrúpulos de una madre, un padre y una hermana...

GERARDO.- (Con entusiasmo). Ud. reciocina, señorita, con mucha austeridad y cordura, con mucha y bien aprovechada experiencia. ¿Así pretende exigirme que no la llame encantadora? Yo he recibido informes concernientes a la elevación y discreción de Ud.; mis ojos han visto su belleza y gracia; pero ahora estoy palpando un verdadero enjambre de atractivos. ¿Me negaría Ud. la facultad de admirar lo admirable, de amar lo amable, de adorar lo adorable? (Le toma la mano, e intenta besarla).

AMERICA.- (Impidiéndolo). ¡Oh señor, no! Tiene Ud. derecho de amarme, si le parezco amable; mas no el de demostraciones propias de mayor intimidad y mutuas afecciones. Mi deber es agradecer a Ud. por haberme elegido objeto de su amor, por momentáneo que sea; pero al mismo tiempo debo suplicarle se sirva no dar un solo paso adelante.

GERARDO.- ¡Oh señorita!.....De manera que...

AMERICA.- No es condición de un caballero complacer a una mujer y ser respetuoso con ella?

GERARDO.- Irrespetuoso no seré jamás con Ud....Yo sólo quiero leer en sus ojos alguna vislumbre, que me deje adivinar mi suerte.

AMERICA.- ¿La suerte de Ud. en esta bagatela?

GERARDO.- ¡Oh no! ¡Bagatela no! Me duele que a Ud. se le haya ocurrido tal idea.

AMERICA.- Pues entonces....La fortaleza de espíritu es otra condición del caballero; y fuerte es el que sabe esperar tranquilo.

GERARDO.- ¿Cuáles son sus órdenes? ¿No debo volver jamás?

AMERICA.- ¿Le he dado a Ud. alguna prueba de enemistad, señor?

GERARDO.- Debe Ud. saber, señorita, que la he buscado mil veces, acerca de Ud. he hablado mil veces, he recibido mil informes, todos buenos; obedezco a una inclinación irresistible.....No puedo, pues, ser indiferente, y la buscaré hasta hallarla, porque ya es Ud. una necesidad de mi alma. Una visión como un relámpago, es para mí largísimo tiempo de dicha.

AMERICA.- Pero si esta casa es suya, señor. Puede Ud. venir cuando guste.

GERARDO.- A más ver, señorita. (Vase).

ESCENA II.

AMERICA, luego TOMASA.

AMERICA.- (Sola) Ahí tiene Ud...Tantas chispas imperceptibles han venido, al fin, a formar una hoguera....Yo no sé si reír o llorar.....

TOMASA.- ¿Y por qué vas a llorar? ¿Qué ha acontecido? ¿Quien acaba de salir?

AMERICA.- Nada ha sucedido, mamá. Yo sólo me quejo de que tú no siempre te dejas besar. (La besa).

TOMASA.- Estás alegre....¡Ay nuestra patria, hija! A mí me gusta el Perú; pero más me gusta España. ¡Sea Dios bendito porque libertó a España de esta guerra; aunque no la libertará de la sacudida que experimente Eufopa, a causa de élla! La bondad de nuestro rey le ha impulsado a proteger a todos los damnificados en la guerra, heridos, arrojados de su patria, perseguidos, víctimas de la mayor miseria; pero sólo los poderosos de Alemania no han querido comprender estos procedimientos generosos. ¿Qué será de mi pobre viejo, de mis otros hijos?

AMERICA.- Energía, energía, mamá: no hay que vacilar.

TOMASA.- Yo no vacilo; y con tanta o mayor razón, cuanto mi gran deseo es imitarte en el valor, ya que tú me estás imitando en el cumplimiento de ciertos deberes de mujer. Mi viejo y mis hijos han venido siendo los únicos componentes de mi vida, desde que contraí matrimonio. El fue joven y apuesto, y yo también; pero ni yo he tenido

por qué quejarme de él, ni él de mí. La pobreza vino a caer sobre nosotros como escarcha. A tí te ocurrió un medio para combatirla; y a fe que no me ha parecido ineficaz, aunque nos va costando amargos sacrificios. También aquí nos están teniendo por cualquiera cosa. Según tú dices, esto es indispensable: es costumbre, y no hay por qué quejarse. Una displicencia infundada, no humilla. Hay que sufrir para obtener victoria. ¿Pero quién remedia las conjugas, los bochornos, cuándo se ve tratada como zurrapa, solamente porque es madre de una actriz? ¡Y después de haber encanecido, mereciendo toda la vida el agasajo y el miramiento de las gentes! (Llora).

AMERICA.- Pero, mamacita.....Y el orgullo? (Acariciándola) ¿Una señora ha de abatirse porque la tutean quienes no siquiera la conocen? ¿Qué es lo que te ha sucedido últimamente?

TOMASA.- Acaba de salir un señor....Le llamo así por el vestido y las alhajas, tanto de la corbata como de la cadena y los dedos. Con mucha prosopopeya me dijo: "Señora, yo sé que Ud. es madre de esa señorita actriz, llamada América. El apellido no sé".- Yo le interrumpí diciendo: "El apellido es Cortés".- "¡Ajá", continuó. "Suplico a Ud. advierta a su hija que no reciba al joven D. Gerardo Mendoza, porque sillo recibe, terciaré yo, como padre de él, y tomará el asunto aspecto pellagudo".

AMERICA.- ¿Qué le contestaste, mamá?

TOMASA.- ¿Qué había de contestarle? Me le quedé mirando largo rato. "Sírvase Ud. salir, señor", le dije al fin. "No es ésta la manera como un caballero solicita un favor a una señora. ¿Amenazas por simples presunciones? ¿Y quién le da a Ud. derecho de conjeturar, en mi presencia, que no hay moralidad en mi casa?"

AMERICA.- ¡Ay mamá! ¿Qué respuesta tan bien dada!

TOMASA.- Tuvo que salir aturullado, y haciendo repetidas reverencias.

AMERICA.- Si supieras, mamacita....El hijo no ha procedido como el padre.

TOMASA.- ¿Ya ha venido a casa?

AMERICA.- En el teatro y en la calle me ha hecho mil demostraciones de cariño. Ayer le dije que yo podía recibirle hoy; y vino sin darme tiempo de poner en conocimiento de mi madre. El es quién acaba de salir.

TOMASA.- ¿Y con qué intenciones? ha venido?

AMERICA.- Con las más sanas y honorables, mamá. Parece un caballero

y por su posición, lo es. Su familia es muy conocida en La Habana.

TOMASA.- La posición no constituye al caballero, hija. ¡Cuántos hay emperadores, reyes, príncipes, duquesm marqueses, condes, viscondes que se comportan peor que el último carretero. borracho. En La Habana no hay muchos de estos títulos; pero hay personas que proceden como si en realidad lo poseyeran.

AMERICA.- Gerardo Mendoza no es de esos, mamá.

TOMASA.- Pero si lo has tratado una sóla vez, hija.

AMERICA.- Mi corazón lo ha tratado ya algún tiempo, y él no engaña. Yo no tengo la culpa mamáá.....

TOMASA.- ¿Pero será posible, América? ¿No me has prometido tantas veces ser como una roca?

AMERICA.- Soy, y lo seré mamá.....¿Pero qué quieres que haga?...El secreto no saldrá ni de tí, ni de mí. Primero moriré, y no faltaré a mis deberes ni un ápice....Pero cómo puedo responder a lo que no depende ni de mi voluntad ni de mis fuerzas?

TOMASA.- ¿Qué va a ser de nostros? hija! Llegas y te enamoras de un cubano?

AMERICA.- No he podido evitar enamorarme, pero si evitaré envilecerme. De nosotras será lo que yo quiera, porque Dios me ha revestido de energía. Yo no puedo querer sino lo que tú quieras, mamacita,

ESCENA III

Dichas.- ARBELAEZ.

ARBELAEZ.- (A Tomasa) Este cablegrama, señora. Es de Barcelona.

TOMASA.- ¿Para mí? Leelo América.

AMERICA.- (Leyendo) "Recibí conforme", firma mi papá. Las 80 libras que mandamos há tres días.

TOMASA.- ¿Han recibido? ¡Sean Dios bendito! ¡Mi pobre viejo y mis hijos.

ARBELAEZ.- Reciben dinero; pero no saben que América es el ídolo de La Habana. Verdad que lo presumen. Hay que escribirles.

AMERICA.- Ídolo por la voz, como los ruiseñores y canarios.

ESCENA IV.

Dichos, Sirviente y luego GALLARUZA.

SIRVIENTE.- El señor de Gallaruz.

AMERICA.- ¡Ay no! A ese caballero no quiero recibirlo. Me da pena; pero no sé por qué me repugna. Dígale Ud. que he salido.

ARBELAEZ.- (Al sirviente) Espere. (A América). ¿Cómo es posible que proceda así? América? Aquel caballero nos está sirviendo mucho, porque es rico, bien relacionado, y muy aficionado al teatro. Hay que recibirlo, aunque cueste un poco de fastidio.

AMERICA.- Que entre, pues.

GALLARUZA.- (Viejo verde, con vestido correcto, nuevo y elegante, monóculo, bastón, guantes, peluca, etc.) No es posible dejar de ver a Ud. un día, señorita. La aplaudí anoche; pero no pude rendirle plácemes, porque Ud. se había recogido muy a prisa. Es Ud. el sol de La Habana. Todo el mundo la idolatra; y fácil es presumir cómo quedará la ciudad cuando Ud. se eclipse.

AMERICA.- La Habana tiene muchos soles, señor, y cada uno es sin rival. Era de verse el teatro anoche, lleno de las más perfectas hermosuras.

GALLARUZA.- Iluminadas todas por el sol supremo. Yo quiero que Ud. saboree los mejores confites de . (Dándole una cajita de dulces) Estos son los célebres de ; y yo creo que en las ciudades más civilizadas no los saborean tan regalados como éstos. Yo he hecho algunos viajes a Europa. La luna del Luxemburgo y el cielo azul profundo de Sevilla, no pueden ser como esta luna y este cielo. Vengo a ofrecer a Ud. preciosa América, presentarle a uno de los personajes de la crém de La Habana: al Dr. Casimiro Barrionuevo, quien me ha encargado anunciarle.

AMERICA.- Mi mamá es quien resuelve en estos casos.

TOMASA.- Puede Ud. traer a aquel caballero, señor Gallaruzza. Es suficiente garantía la personalidad de Ud.

GALLARUZA.- Gracias, señora. Muy pronto volveré. Buenas tardes. (Vase).

AMERICA.- Vamos a buscar el té mamá.

A C T O I I .

OTRA HABITACION DECENTE.-

ESCENA I.

D. ANSELMO - DOÑA ROSALIA.

ANSELMO.- El muchacho está muy enamorado, señora; y hay que tomar muy serias precauciones.

ROSALIA.- Sería la última. Española y todo; pero es una actriz, una muchacha que nunca entró en salones, y probablemente de las que toman la sopa con trinche, y se desayunan con membrillos. ¡Mi hijo hombreándose con cómicos, de esos que ni saben ni saludar a una señora; ¡Ni me digas, ni me digas! Esa gente acaba siempre es hospitales, ¿sabes? ¿Pero mi hijo intentará casarse?

ANSELMO.- Y aunque no lo intente, señora. Las actrices tienen mucho gancho; y no abandonan la presa sino cuando le han sacado el jugo. La madre me recibió, echándola de gran señora.

ROSALIA.- ¿Fuiste a verla?

ANSELMO.- Fui pues. Al pie de la letra he seguido tus advertencias. Insinué a esa mujer que comprometería el provecho que reportaban en el teatro, si su hija recibía las visitas de Gerardo. No me dio contestación concreta; pero seguramente quedó intimidada. Después he sabido que Gerardo anda en pos de la muchacha, en calles, plazas, balnearios, tranvías, ferrocarriles, paseos y teatros. El mataperro se halla tan enamorado de esa actriz, como lo estuve yo de tí, bobalicona.

ROSALIA.- ¡Qué comparación! ¿Cómo se te pueden ocurrir semejantes ideas, Anselmo? ¿Alguna vez he llegado a parecerte cómica? ¿Sabes lo que es una cómica, infeliz marido? Las cómicas no pueden inspirar ningún sentimiento noble, sino simplemente liviandades, apetito que, sobre ser pasajeros, son sensuales. ¡Quita allá, macho cabrío!

ANSELMO.- Pues entonces no hay porque hacer tanta aspaviento. Un pescador coge un pescado y se lo come: no hace más.

ROSALIA.- ¡Y vaya si el pescado fuera de aquellos que se dejan pescar y comer; tu mismo acabas de decir que las actrices tienen mucho gancho.

ESCENA II.

Dichos.- BARRIONUEVO.

BARRIONUEVO.- Quizá venga en hora inoportuna; pero el asunto que me

trae es muy premioso. Buenos días.

ANSELMO.- Para Ud. no hay hora inoportuna, mi querido amigo.

ROSALIA.- Tanto gusto de verle. Casimiro. ¿Cómo ha ido, pues?

BARRIONUEVO.- Circula un rumor en Lima, que para Uds. no es muy honroso; y por eso me he apresurado a venir y averiguar lo cierto, a riesgo de causar a Uds. un gran fastidio, especialmente a la señora, cuya salud es delicada, según creo.

ROSALIA.- (Con coquetería) ¿Le parece que mi salud es delicada?

BARRIONUEVO.- Ahora todo lo contrario, señora. La fisonomía de Ud. está hermosísima. Anteayer estaba Ud. un poco enferma; y de pronto temí que...

ROSALIA.- Puede Ud. hablar sin ningún escrúpulo, y con tanto mayor razón, cuanto lo que va a decir, nos es interesante.

ANSELMO.- Eso es, entremos en materia.

BARRIONUEVO.- En salones, en calles, en corrillos, en todas partes se dice que mi amigo Gerardo, digno hijo de Uds. se casa con América, la actriz del Municipal.

ANSELMO.- Si he oído, y oigo. ¿Y qué? A tí es a quien corresponde oír, y como señor de la casa, tomar el asunto a pechos.

BARRIONUEVO.- Y hay más. Acabo de oír al señor de Gallaruz, amigo íntimo de la tal América, y persona bien caracterizada en toda La Habana, que la muchacha está ferozmente encaprichada, pues delante de él se expresó en los siguientes términos: "Mientras más oposición demuestre la familia de Gerardo, más se aumentará el deseo de casarme, y me he de casar, antes de que nuevos obstáculos se opongan.

ROSALIA.- ¿Ha dicho eso? ¿Y quién es élla para adelantar tales dictámenes? ¿Cómo? ¿Ha de venir a mandar en mi casa una aventurera? Lo debo a mi marido, quien tanto empeño pone en agradarme, y al mismo tiempo en conservar el lustre de su casa...(A Barrionuevo). Casimiro, acompáñame Ud. a la calle. Voy a tomar algunas medidas. Desde luego, voy a ver al Inspector de espectáculos. Casimiro es de confianza. Vamos a mi cuarto a trazar el plan, mientras yo me proveo de mis bártulos, para ir al automóvil.

ANSELMO.- Pueden Uds. hacer aquí lo que gusten, porque yo voy a salir. Hasta luego ¿ah?, amigo Barrionuevo.

ESCENA III.

ROSALIA - BARRIONUEVO.

ROSALIA.- (Luego que sale Anselmo, se acerca a la puerta, observa,

vuelve y se precipita en los brazos de Barrionuevo) ¡Eres muy ingrato! ¡Por qué no has venido tantos días? ¿No sabes que tu compañía es mi consuelo?

BARRIONUEVO.- ¡Te adoro...Lo único que temo es que alguno malicie aquí.

ROSALIA.- Acá no hay quien sospeche. Esa cabra coja de mi marido, ni ve ni comprende nada. Gerardo anda medio loco, en pos de América. Mi Adela...apenas si se está olvidando de las muñecas. Y tu no debes descuidar de acercarte a ella, de agasajarla, de mimarla...Es la mejor medida para correr un velo espeso...¿Pero es verdad lo que acabas de referir de Gerardo?

BARRIONUEVO.- Como lo es que tú y yo nos adoramos. Un torero se casó con una niña muy decente: no sería raro que una actriz se casara con un joven de las primeras familias de La Habana.

ROSALIA.- Te prohibo que lo repitas, porque temo que me dé un ataque. Quien me da ira es esa muchacha atrevida y perversa, indigna de un carretero, y con más razón de un caballero como mi hijo. Esos modales y ese empaque...¿Y quién dice que sus costumbres no sean de las más indignas meretrices?

BARRIONUEVO.- ¡Así estás más hechicera que nunca, encantadora mía! Nunca te contemplé tan atractiva como hoy. ¡Esa garganta, esos brazos, esos senos Deja que....

ROSALIA.- ¡Espera, espera,hombre...¿No has oído algo escandaloso de la vida privada de esa cómica?

BARRIONUEVO.- ¿Pero cómo te imaginas que pueda ser buena una aventurera, que vive en el teatro, a disposición de todos los hombres, siempre en francachelas y jaranas? A varios amigos les he oído ya lisura y media, de palabra y obra, de la tal Ameriquita. Gerardo es más allá de zonzos, pues es capaz de provocar un duelo, por la virtud de la española ¿No me das un beso?

ROSALIA.- Espera, te digo, hombre! Lo que conviniera sería que visitaras tú a la actriz; y si posible es, la enamoraras, para descubrir, con más facilidad, sus intenciones.

BARRIONUEVO.- Lo he proyectado, y lo voy a llevar a efecto. De seguro que la desvío, si está inclinada a Gerardo. Lo único peligroso para tí es que Gerardo me provoque a duelo, el que será aceptado indudablemente.

ROSALIA.- ¡Ay, no! ¡Sería la muerte! Pero visto que la preferencia es clara a tu favor, yo no creo que Gerardo se exponga a morir por una inconstante y despreciable....Pero mira...No vayas a tomar las cosas tan a pecho...Si ella se enamora de tí, estoy perdida....

BARRIONUEVO.- Que se ha de enamorar, es evidente. ¿Pero de dónde se te

ocurre que he de enamorarme yo, si tu te encuentras de por medio? ¿Crees que se puede apagar esta llama, con un soplo? ¿Olvidas que eres la mujer más bella de estos tiempos? (Intenta besarla).

ROSALIA.- ¡Espera, te digo, espera! ¿No oyes pasos?
(Ambos se separan uno de otro)

ESCENA IV.

Dichos, SIRVIENTE, y luego la señora de RIVAS y SOFIA.

SIRVIENTE.- Las señoritas Rivas.

RIVAS.- ¿Cómo te va, Rosalía? ¿Qué ha sido de tu vida?

ROSALIA.- Deseando verte, hija. ¿Cómo te va Sofía? ¡Qué buenamoza estás....

(Las recién venidas saludan a BARRIONUEVO)

SOFIA.- Yo con deseo de ver a Ud. señora. Mi tía me ha venido refiriendo por la calle, el cúmulo de amarguras que le están sobreviniendo a Ud.

RIVAS.- (A Rosalía) Voy a sentarme a tu lado, porque tenemos muchísimo que hablar. ¿Cómo están todos en la casa?

ROSALIA.- Mi esposo, bien; mi hija, siempre traviesa. Lo que es Gerardo...

RIVAS.- ¡Ay, hija mía, ni me lo digas! ¿Con que al fin y al cabo, se realiza el matrimonio?

ROSALIA.- Así lo crees tú? No hijita, no ha llegado a tal extremo la desgracia. Precisamente iba yo a salir, para tomar algunas medidas, acerca del asunto, porque sé que las malas lenguas están divulgando rumores infundados y ofensivos. Podemos salir juntas, si gustas.

RIVAS.- Vamos un momento a tu cuarto, y allí hablaremos extensamente. Tengo que referirte algunas cositas, y preguntarte otras. Que se quede acá la juventud florida. (Vase con Rosalía).

ESCENA V.

SOFIA - BARRIONUEVO.

SOFIA.- ¿Con que Ud. es un gran poeta, caballero, según he oído a sus admiradores?

BARRIONUEVO.- ¿Yo? ¿Y no ha leído Ud. nada mío?

SOFIA.- Todavía no; pero pienso leer. Yo no pierdo mi tiempo en leer a todo el mundo; únicamente leo a escritores escogidos, entre los cuales tiene que hallarse Ud., el mejor de los

escritores nacionales, según dicen.

BARRIONUEVO.- ¿Yo señorita? Yo no puedo ser a un mismo tiempo juez y parte. Así es que Ud. me dispensará que no dé mi opinión.. (Se ríe). Lo que acontece es que pienso y siento mucho... Pienso con la profundidad del sabio, siento con la intensidad de los verdaderos y grandes poetas. No crea Ud. que ser poeta es muy fácil... Mis amigos me han tenido la dignación de precipitar su juicio, cuando no han leído ni la centésima parte de mis obras. Algunos versucillos, y nada más.

¡Aldeana vaporosa, aldeanilla, esponjosa,
Esos tus ojos glaucos me han perforado el pecho
Y por la herida mana materia glutinosa,
Que al fin me matará....

SOFIA.- ¡Qué lindos versos!

BARRIONUEVO.- Lo que he descubierto es que los más eficaces estímulos del genio, las dos sustancias verdaderamente mágicas, que obran en el cerebro, como la potencia del Altísimo en el Cielo, y la de Lucifer en el Infierno, son el opio y la morfina. Estas dos ampollitas (mostrándolas) contienen, no la vida, no la felicidad humana, sino todo lo delicioso que puede haber allá en la eternidad. La Morfina, especialmente, es el Empíreo; todas las descripciones del Dante son vacías. ¡Oh, Sofía, si Ud. experimentase esta delicia, nada más que por un instante!

SOFIA.- ¿Y cómo se toma la Morfina?

BARRIONUEVO.- Esto no se puede saber sino por medio del amor. ¡Oh, Sofía, ¿no adivina Ud.?

SOFIA.- ¡Cómo, pero entonces...! ¿Quiere Ud. decir que me ama?

BARRIONUEVO.- Con el amor más endemoniado, indudablemente.

SOFIA.- Si; pero todavía no sabe si amo yo a Ud.

BARRIONUEVO.- ¡Lo sé ya, preciosa mía! No hay necesidad de que me lo digan sus labios: me lo acaban de decir sus bellos ojos... (Intenta besarla)

SOFIA.- ¡Canalla! En La Habana hay también señoritas así como hombres tontos y atrevidos.

ESCENA VI.

Dichos.- ROSALIA.

ROSALIA.--¿Qué es eso? ¡Casimiro!

SOFIA.- Me estaba enseñando a tomar Morfina.

ROSALIA.-Coquetuela!

SOFIA.- ¿Por qué me trata Ud. así señora?

ROSALIA.- En mi casa no se acostumbra esta clase de conducta.

BARRIONUEVO.- (Bajo a Rosalía) No hay que tomar en serio esa bagatela.

¿A dónde iríamos a parar si diéramos importancia tanta hasta a las travesuras de las moscas?

ROSALIA.- (Bajo a Barrionuevo) Tú me la pagarás, ¿ah?

SOFIA.- ¿Dónde está mi tía? (Vase)

ESCENA VII.

Dichos, menos SOFIA.

BARRIONUEVO.- Pero si todo era juguete...Representábamos una comedia con motivo de la morfina.

ROSALIA.-Con motivo de la morfina no se dan besos una muchacha y un joven.

BARRIONUEVO.- Yo no he besado a Sofía. Hice el ademán...

ROSALIA.- (Como en secreto) Vente mañana temprano, de 8 a 9, hora en que todos duermen, al cuarto de la reja. ¿Oyes?

BARRIONUEVO.- Sin falta, de 8 a 9, ¿no? ¡Adiós! (Vase).

ESCENA VIII.

ROSALIA, señora RIVAS, SOFIA, ADELA.

RIVAS.- (Llevando de la mano a Adela). ¡Qué linda está Adelita, ¿sabes, Rosalía? ¿Por qué no la sacas a la calle?

ROSALIA.- Hoy no. Otro día. ¿Nos vamos?

ADELA.- ¿A qué hora regresas, mamá?

ROSALIA.-Dentro de dos horas, cuando más tarde. Hasta luego, ¿ah? (Besa a Adela).

RIVAS.- (Adela, besándola) Adios hijita, ¿ah?

ESCENA IX.

ADELA - GERARDO.

GERARDO.-¿Quiénes son, Adelita?

ADELA.- La señora de Rivas y su sobrina Sofía.

GERARDO.-¿Vendrían con algún chisme?

ADELA.- Yo no sé....¿Pero por qué no me besas? (Corre hacia él) y le echa los brazos al cuello) ¿Sabes que ya conozco a América? ¡No lo digas a papá ni a mamá! ¡Cuidado!

GERARDO.- De ningún modo, hijita...¿Pero dime: ¿dónde y cómo?

ADELA.- Anoche la ví en el teatro; y esta mañana casi hablé con ella, en el almacén de Auvry.

GERARDO.- ¿Cómo ocurrió aquello?

ADELA.- ¿Qué linda es, y que voz la suya en la escena! A ti no te gusta ¿no? (Riendo) ¿Por qué le tienes tanto odio?....Cantó, y yo casi lloro. Tenía yo un deseo de que mirara a nuestro palco...¿Qué modo de sonreírse ¿no? ¿tú le has visitado algunas veces?

GERARDO.- No muchas, hijita. ¡Si conocieras su discreción, su espíritu....!

ADELA.- Esta mañana estuve en el almacén, por algunos encargos de mamá. De repente entró una señora, en unión de una señorita, ambas extranjeras. Al volver yo la vista, la miradade la señorita y la mía se encontraron. Yo no dudo que le inspire interés a América, porque al principio me miró como sorprendida, y luego inclinó ligeramente la cabeza, como queriendo saludarme. Yole contesté igualmente conmovida. ¿Sabrá talvés que yo soy tu hermana?

GERARDO.- Quizá por las facciones.

ADELA.- Nos parecemos,

GERARDO.- Un poco; pero yo soy mejor.

ADELA.- ¡Qué engreído! Continúo, pues. Como distraída se aproximó a mí, y volvió a mirarme de soslayo. Cuando yo la miré, me pareció algo confundida. Pronto se serenó; pero guardó el más completo silencio. ¡Qué ganas tenía yo de que hablara! La madre le consultaba respecto de la elección de mercancías; pero nada....

GERARDO.- Ha sabido que eres mi hermana. Me lo dirá hoy, porque tengo que verla infaliblemente.

ADELA.- Ella tiene que ser mi cuñada, ¿no Gerardo? Nos miramos y nos sonreímos la una a la otra; yo como diciéndole: "picarilla, yo sé todo"; y ella como pidiéndome perdón, porque desea casarsé contigo.

GERARDO.- (Acariciando a su hermana) Eres muy linda, muy mona, una pizpireta angelical. Hay que tomar precauciones, hijita. Todavía tenemos que luchar con mucho brío, pera llegar a ser felices.

ADELA.- Yo no me he de casar con Barrionuevo. Muy antipático es el pobre. Mi mamá me dice todos los días que lo quiera, porque es buen muchacho, rico y decente; pero yo no puedo obedecer a mamá, porque no puedo no puedo y no puedo.

GERARDO.- ¿Mi mamá ha elegido a aquel doctorcito para marido tuyo?

¡Acabáramos! Bien está que ni lo pienses. No procedas sin avisarme a mí. ¡Cuidado, mi ñaña! Mucho cuidado, ¿no?

ADELA.- Si te casa me he de ir contigo, Gerardo. Y esto no quiere decir que vaya yo enfadada con papá ni con mamá. Si haces un viaje, ¿me lllevas contigo?

GERARDO.- ¡Aún cuando sea a la luna mi hijita! Vaya Ud. a buscar que hacer. Yo me voy a mi trabajo.

ACTO III.

LA DECORACION DEL ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

AMERICA - TOMASA.

AMERICA.- No tengo duda mamá, de que la niña que vimos en aquel almacén, es hermana de Gerardo Mendoza.

TOMASA.- Si el hermano se parece a ella, no es mal parecido, Y ella revela mucha benevolencia y discreción, dos buenas cualidades. ¿Y por qué se te ocurrió que eran hermanos?

AMERICA.- Por la mirada y el talle. Ella tiene exactamente el modo de mirar acariciador y pensativo de él, y lleva la cabeza como él. Después que salió le pregunté a un joven empleado, y la respuesta fue que no me equivocaba.

TOMASA.- Deseo conocerle. ¿Cuántas veces ha venido a casa?

AMERICA.- A casa solamente una. En la calle y en los paseos nos hemos encontrado; y anoche platicamos, con alguna detención en el teatro.

TOMASA.- ¿Muestra probablemente algunas pretensiones?

AMERICA.- Adivino que las tiene...Pero deben ser correctas, porque de otra manera, ya se habría retirado. Es serio, trabajador e inteligente, y tiene condiciones de un perfecto caballero.

TOMASA.- ¿Y si te engañas?

AMERICA.- No, mamá. ¿A quién he de creer, si no creo a mi corazón, que es honrado?

TOMASA.- El corazón también te puede engañar, hija mía, porque no tiene la necesaria experiencia, y conoce apenas estos mundos. Ya sabes lo que se dice en España: "Para abogados, América Latina". Y los abogados no son los más formales.

AMERICA.- Gerardo no es abogado, mamá, sino propietario de minas.

TOMASA.- Propietario y todo, ha de necesitar alguna vez de abogados, y los abogados le han de cercenar hasta el mismo entendimiento.

AMERICA.- Pero mamá, demos que le sean indispensables litigios, y que -los abogados le cercenen las rentas, en vez de acrecentarlas; ¿por eso hemos de decir que ha perdido su condición de caballero, su honorabilidad, su amor por su esposa.

TOMASA.- Yo no te digo eso. Lo que quiero decirte y repetirte es que los abogados siembran pleitos, y las familias cosechan congojas, y el rico que se empobrece, es mirado aquí peor que el leproso.

AMERICA.- He oído que en La Habana hay caridad, generosidad, mamá.

TOMASA.- Será talvés en La Habana; pero no en toda la América Latina, la

caridad no es sino ostentación, como lo decía mi marido, quien residió algún tiempo en estas tierras. Caridad hay con un mendigo; pero con los amigos empobrecidos, debe haber consideraciones de otro orden. No digo entre amigos: entre padre e hijo, entre hermanos, sucede que el empobrecido es despreciado. Si el rico cae en la ruina, todos los que antes llenaban sus salones, por íntimos que hayan sido, por favores que le deban, por esclarecidos que sean los méritos del antiguo amigo, le miran como a carroña, y nadie se le acerca por evitar el mal olor. A muchachas he visto que, cuando una amiga está chorreada, con vestidos viejos, sean o no bien conocidas las virtudes de ella, aparentan no verla, y huyen de ella. Son amigas de la ropa, no de la persona.

AMERICA.- Eso será por evitar sablazos.

TOMASA.- Los sablazos con mucha facilidad se evitan. Sablazos no da sino el vicioso, y éste es conocido a gran distancia. A un hombre de mérito, quien, sin culpa de él, cae en pobreza, deben socorrerle todos sus amigos honorables, y no huir de él como de un enfermo de tuberculosis. Si se ha empobrecido con deshonra, si ha jugado, si ha bebido, si ha derrochado en otras cosas, ya las obligaciones son de otro género.

AMERICA.- A mi no me parece que esto sucede en todo el mundo, mamá.

TOMASA.- No tanto en dónde hay experiencia, en dónde el sufrimiento ha suministrado buenas lecciones, en dónde la mayoría no gasta en vanidades, de manera que estos gastos vengan a ser tan indispensables como lo es el alimento; dónde se conoce y estima el mérito, lo que acontece en las naciones provec-tas. Esta América Latina es todavía muy niña, hijita.

AMERICA.- Serían útiles estas advertencias, si proyectara yo casarme o quedarme aquí de cualquier modo; pero hasta ahora nadie se ha aventurado a solicitar mi mano.

TOMASA.- ¿Mas, tu corazón no está despertándose?

AMERICA.- Si él se despierta demasiado, si se mueve sin mesura, sin cordura, yo lo zurro. Ya te he dicho que cumpliré con mi deber, y mi deber es obedecerte a tí.

ESCENA II.

Dichas, SIRVIENTE, luego GALLARUZA, BARRIONUEVO.

Sirviente.- Dos caballeros.

TOMASA.- Que pasen.

GALLARUZA.- Ofrecí a Uds. presentarles al Dr. Barrionuevo, caballero de la cré-m de La Habana.

- BARRIONUEVO.- Desde que son Uds. nuestras huéspedes, he deseado ofrecerles mi amistad y consideraciones, cautivado por los embelesos de tan sublime actriz, como la señorita América. Toda La Habana ha acudido a rendirle su homenaje; y me parece humillación haber tenido que ser de los últimos. La culpa ha sido del señor de Gallaruz, a quien frecuentemente he suplicado se sirva presentarme.
- TOMASA.- El señor de Gallaruz es muy buen amigo suyo. No ha dependido de él, por ventura.
- GALLARUZA.- Ha dependido del ruido que América ha metido en toda La Habana, dónde todo el mundo ha querido conocerla. Yo tuve la fortuna de ser uno de los primeros; pero me estoy quedando el último, porque mis demostraciones de admiración son pospuestas, y América no quiere aceptarme una sola invitación.
- AMERICA.- No señor. Yo complaceré a Ud. siempre que mi mamá no tenga inconveniente.
- TOMASA.- Se le dan las gracias, caballero. Puede ser que llegue la ocasión.
- BARRIONUEVO.- ¿Y no me llegará a mi, señora? La Habana está rodeada de una campiña amplia y bella; y los europeos de buen gusto, amantes de la naturaleza, deben conocer nuestros alrededores, para llevar recuerdos. Poseo un automóvil muy nuevo: ¿no quieren Uds. dar una vuelta en él, en uno de estos días?
- GALLARUZA.- Debo advertir a Uds. mis inmejorables amigas, que mi distinguido amigo, el señor de Barrionuevo, es uno de los mejores escritores nacionales, y quizá de Sud-América, poeta modernista y decadente; y posee también el don de la oratoria.
- AMERICA.- (A Barrionuevo) Mis enhorabuenas, señor.
- BARRIONUEVO.- Gracias, señorita. Iremos con el amigo Gallaruz; pero con ninguna otra persona. No gusto de compañías, en estos casos, porque se oponen a la contemplación y a la recopilación de ideas, que indudablemente acuden a profía, en un panorama tan variado y tan extenso, con vista a la infinidad augusta del Océano, y al lado de una seductora beldad como la señorita América.
- AMERICA.- La beldad es lo de menos, caballero, así como las perspectivas, el horizonte y el corpúsculo: lo importante es la voluntad de los paseantes.
- TOMASA.- No será posible, caballero. Paseamos muy poco, porque hay mucho que trabajar en estos días.
- BARRIONUEVO.- ¡Trabajar! ¿Y en qué? Las artistas se divierten, se pasean, tienen giras con sus numerosas amistades, bailan,

trasnochan, complacen a cuántas las rodean, se dejan admirar, y al mismo tiempo, embelesan, desechando de su imaginación lo prosaico y detestable de la vida. ¿Cómo no complacerme a mí, si soy un caballero, y si acudo con el más febril entusiasmo, a rendir el tributo de mi admiración, a las plantas de tan adorable actriz, el non plus ultra de todas las actrices del mundo? Podremos almorzar en un balneario, comer en otro. No nos faltará buen champagne.

AMERICA.- Es algo más que poeta y orador el señor de Barrionuevo. Parece que es también un abad. Aquí hay más facilidades de adquirir dinero, según noto, ¿no mamá?

TOMASA.- Probablemente, porque hay muchos abogados.....

AMERICA.- Pero en Europa trabajamos mucho, y no desperdician el dinero sino los maniros, que son los vagos y viciosos. Las artistas tenemos que trabajar más de lo que trabaja cualquiera obrera, porque trabajamos para la diversión del público; y en nada es tan exigente el público, como en lo que le proporciona pasatiempos.

BARRIONUEVO.- Pero, señorita.....¿Esto es un desaire?

AMERICA.- No lo es, señor. Dígnese Ud. considerar en la posición nuestra. ^{Ud.}Empieza Ud. a ser amigo, y la amistad de Ud. la hemos aceptado complacidas. Las demostraciones las aceptaremos después, cuando a nosotras nos sea dado indemnizarlas.

BARRIONUEVO.- (Levantándose) Bien, pues. Como quiera que sea, señorita, ya he tenido el placer de conocerla, y no dejaré de admirarla en el teatro. ¿Ha leído Ud. mis versos?

AMERICA.- Desgraciadamente no, señor.

BARRIONUEVO.- Pues los recibirá Ud. en breve. (Se despide).

ESCENA IV.

Dichos.- GERARDO.

GERARDO.- Buenas tardes, señoras.

AMERICA.- El Sr. Mendoza, mamá.

TOMASA.- Me alegro conocerlo, señor (Bajo a América). Si se parece a su hermana.

GERARDO.- (Después de saludar a las señoras, bajo a Barrionuevo). ¿Tú aquí?

BARRIONUEVO.- ¿Y por qué no?

GERARDO.- ¿Y qué vienes a hacer?

BARRIONUEVO.- Lo que tu.

GERARDO.- Es mucho descaro.

GALLARUZA.- Ibamos a retirarnos, Gerardo, en el momento en que tu llegas.

BARRIONUEVO.- Yo no quiero retirarme todavía.

(Rápido silencio)

GALLARUZA.- Es preciso y vámonos.

BARRIONUEVO.- ¿Consideraciones por qué y a quién?...Estas no son sino cómicas.

GERARDO.- ¿Y por qué tanta insolencia?

BARRIONUEVO.- (A Gerardo) ¿Te atreves?

GERARDO.- (A Barrionuevo) ¡Afuera! (Va a darle un empujón; pero Barrionuevo lo evita y retrocede)

BARRIONUEVO.- Pero si yo...pero si yo...

GERARDO.- ¡Afuera! (Le da un puntapié y Barrionuevo desaparece)

GALLARUZA.- Dispénsenme, señoras. (Vase).

ESCENA V.

AMERICA, TOMASA, GERARDO.

GERARDO.- Siento mucho, Señoras. Sírvanse Uds. ser indulgentes. No tratemos más de aquellos individuos. (Se sienta cerca de Tomasa) Anoche platiqué largamente con su hija, Señora, y convinimos en amarnos, y expresa, ella tácitamente, pues nada me dice aún de viva voz, apesar de mis instancias: Me atrevo a sospechar que ^{no} le soy indiferente; y ahora voy a decir a Ud. lo que a ella he dicho todavía. No debe sorprenderle la prontitud en la ejecución de mis proyectos. La vida es muy rápida, y lo bueno debe conseguirse sin tardanza. ¡Oh sí yo me engañara respecto de los sentimientos de América, y si Ud. no se dignara acoger mi súplica! Voy a pedirle un puesto en su familia...

AMERICA.- Le conozco recientemente, Señor; y con todo eso, tengo que agradecerle, desde luego, porque su petición honra a mi familia.

GERARDO.- América me conoce, Señora: ella y yo no hemos necesitado tiempo, ni informes, ni comunicación mutua y muy continua.

(Breve silencio)

TOMASA.- ¿Por qué no hablas, hija?

AMERICA.- Es verdad...No, mamá, no puedo...(Pausa). Es verdad...Yo amo a Gerardo. (Le tiende la mano)

TOMASA.- Entonces no hay más que hablar...Son Uds. novios...¿Verdad que la familia de Ud. talvés?...

ESCENA VI.

Dichos - ARBELAEZ.

- ARBELAEZ.- El juez de espectáculos ha cancelado el contrato conmigo por razones que no expresa; y por consiguiente, ha terminado nuestra faena en La Habana. Aquí tienen Uds. el documento. ¿Cómo es posible que suceda esto en una ciudad civilizada?
- AMERICA.- ¿Es verdad? (Toma el papel y lo lee en silencio)
- GERARDO.- (Tomando el papel de manos de América). Ya sé yo de dónde viene el golpe...Un momento...(A Arbelaez). ¿Se sirve Ud. permitirme que me lleve este papel?
- ARBELAEZ.- No hay inconveniente.
- GERARDO.- Regreso al instante. (Vase)

ESCENA VII.

Dichos, menos GERARDO.

- TOMASA.- ¿Qué significa todo ésto?
- ARBELAEZ.- Probablemente que hay intrigas, señora; pero yo no comprendo el objeto de ellas, ni menos de dónde vengan. ¿Alguno de nosotros se habría acarreado antipatías entre las personas influyentes de esta capital?
- AMERICA.- Gerardo lo comprendió, y él remediará, porque es bueno y nos aprecia.
- ARBELAEZ.- Este caballero me agrada mucho, ciertamente. Parece nacido en Cataluña.
- AMERICA.- ¿Con que le es a Ud. simpático, Arbelaez?
- ARBELAEZ.- Indudablemente, América.
- AMERICA.- A mí, no...Yo le aborrezco, y mucho...
- TOMASA.- ¿Lloras hija? (La acaricia) Ya aquel joven es novio de ella, Arbelaez; pero no hay que publicarlo aún. ¡Chito! La pobre está en la hora solemne. Dejémosla sola. Está muy impresionada. Vamos a tratar en otra parte de la tal cancelación. (Vase con Arbelaez.)

ESCENA VIII.

AMERICA, luego GALLARUZA.

- AMERICA.- (Sola) Me llamo América y la felicidad no ha de venir en América....¡Oh, amor, mi amor!
- GALLARUZA.- Perdón, señorita. Me es forzoso regresar. Quiero dar a Ud. satisfacciones, antes de que reflexione acerca de lo que acaba de ocurrir...

AMERICA.- Ya lo había olvidado, señor.

GALLARUZA.- Sin embargo...como Ud. ha visto, yo no he tenido ninguna culpa. Muchos de estos doctorcitos son unas piezas, como por ejemplo el chico Barrionuevo. Créame Ud. a mí, hermosa América, y no crea a nadie en La Habana. Barrionuevo es un truhán, un palangana ridículo. En las casas de préstamo toma alquiladas hasta prendas de vestir; y sin embargo, habla hasta de automóvil y champaña. Aquí está lo grave...(Inclinándose como para hablar en secreto). Barrionuevo tiene conocimiento con la madre de Gerardo, Señora muy hermosa, pero muy descarriada...Precisamente mañana tienen una cita en casa de ella...

AMERICA.- ¡Pero, señor!, ¿es posible? ¿Ud. tan viejo, y calumniante?

GALLARUZA.- ¡Cómo, señorita! ¿Ud. esas palabras? Calumniante puedo ser; pero viejo, jamás! Para llamarme a mí calumniante, es preciso conocerme mucho. Juro y rejuro que cuanto le he dicho es la verdad.

AMERICA.- ¡Tanta indecencia, en el regazo de una sociedad tan noble! ¿Y Gerardo lo habrá sospechado?

GALLARUZA.- Ni remotamente. Voy en pos de él, a darle aviso.

AMERICA.- ¿Qué es lo que va Ud. a hacer, señor?

GALLARUZA.- Haré lo que Ud. tenga a bien aconsejarme, bella América.

AMERICA.- Si dice Ud. algo a Gerardo, ocasiona una tragedia. Hay que salvar a la señora, de otro modo...¿Qué clase de persona es el señor?

GALLARUZA.- ¿Mendoza? Un condescendiente.

AMERICA.- ¡Por Dios!...Y ya es muy tarde...Hoy hay ensayo, representación, mil ocupaciones. ¡Es imposible!...¿A qué hora será la cita entre ellos?

GALLARUZA.- Me parece que de 9 a 10 de la mañana. El mismo acaba de decirlo.

AMERICA.- ¿El? ¿Qué hombre!...Yo ruego a Ud. no diga nada a nadie, pero a nadie. Lo único bueno sería hacer lo posible para evitar que su amigo vaya a la cita, haciéndole entrever peligro, por ejemplo, Mucha actividad y discreción, señor. Se grangeará Ud. todo mi aprecio, mi agradecimiento. A más de ver, ¿no?

GALLARUZA.- Buenas tardes, Señorita?

AMERICA.- ¡Y la hermanita de Gerardo, tan bella, tan buena, tan inocente y virtuosa!

A C T O I V.

DECORACION DEL ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

ROSALIA - GERARDO.

ROSALIA.- Tu padre ha jugado ayer en el club y ha perdido una gran suma de dinero. ¡Estoy muerta!

GERARDO.- ¿Mi papá? ¿Cómo lo sabes?

ROSALIA.- El hecho es indudable. La cantidad perdida es dos mil libras.

GERARDO.- ¡Per cómo! ¡Mi papá! ¡Y en las actuales circunstancias?
(Pausa)

ROSALIA.- Tu papá es un hombre sin cabeza, pues, si la tuvo, se la ha llevado el viento....¿Y tú vas a casarte con una actriz, teniendo, como tienes, mejor cabeza, y después de que nos ha sobrevenido esta desgracia?

GERARDO.- Mejor es resolver un problema, y luego tratar de la resolución del otro. ¿Cuál es el que más te interesa, mamá?

ROSALIA.- Las probabilidades no me asustan. Lo que me asusta es el hecho realizado. Tú eres sensato, y puedes aún reflexionar en tu proyecto. Lo grave es aquella pérdida, una suma que nos ha sacado del bolsillo.

GERARDO.- Bien puede ser, si no falsa, muy exagerada la noticia. ¿Quién te la dio, mamá?

ROSALIA.- Barrionuevo...Ha venido exprofesamente a dármela, y acaba de irse.

GERARDO.- ¿Tan temprano ha venido? y sólo con ese objeto? El tal Barrionuevo ha de ser el principal culpado. El es quien insinúa a mi padre hasta delitos, bajo pretexto de elegancia y tonterías. Mi papá ya ha perdido el carácter....¡Y es solicitud digna de agradecimiento, el que uno se apresure a dar una noticia que no es buena, y que para darla madrugue?

ROSALIA.- Es que...Pero si...El ha presenciado el juego; y por el cariño que tiene a la familia, ha venido a comunicarnos la desgracia, para que veamos como remediarla, en lo posible...

GERARDO.- Esto es muy amargo; pero lo conveniente es no perder la

calma. Déjame a mí el cuidado de arreglarlo todo...Ya sé lo que debo hacer.

ROSALIA.- ¿Cómo lo arreglas, hijo?

GERARDO.- Muy fácilmente. Reembolso aquella suma con mi ganancia personal en las minas.

ROSALIA.- No te inquietes, mamá. El dinero se adquiere y se pierde; y uno u otro puede acaecer en un momento; pero no sucede así con la honra, la que no se recupera en la vida. La pobreza es fuente de mil desgracias y dolores, y conviene evitarla a todo trance, menos con el delito y el crimen, porque ellos causan mayor dolor que la pobreza...¿Y dónde está papá?

ROSALIA.- Durmiendo...Ya hemos resuelto uno de los problemas: no te parece que debemos resolver el otro?

GERARDO.- Esta resolución es muy fácil, o mejor dicho, este problema no debe inquietarte.

ROSALIA.- ¿Qué no? ¿Y me lo dices tú, Gerardo? ¿Cómo he de entender tu respuesta? ¿Se realiza o no tu locura?

GERARDO.- Si te ha parecido cuerda la solución que he dado al primer problema, lo mismo te ha de parecer la que de al segundo.

ROSALIA.- Pero dime cuál va a ser? Debes preferir la tranquilidad de tu madre, la honra de la familia, el porvenir de tu hermanita, el respeto que merece la sociedad en que naciste y en que vives, la moralidad de las costumbres.

GERARDO.- Mejor será dejar que este problema se resuelva por sí mismo. ¿No prefieres evitar toda inquietud, especialmente después del sinsabor experimentado por la noticia de la pérdida de anoche?

ROSALIA.- Para tranquilizarme por completo, lo mejor será que me digas, de una manera perentoria, que no volverás a pensar en aquella insensatez. Una familia como la nuestra, descendiente de grandes de España....

GERARDO.- Porquerizos como Pizarro.

ROSALIA.- No debe sino enlazarse con familias que en algo se le igualen.

GERARDO.- Como las del Kaiser o el emperador de Austria, útiles a la humanidad, más que la de Jesucristo.

ROSALIA.- Las cómicas no son señoritas, ni pueden llegar a serlo, porque desde luego son ya mujeres malas.

GERARDO.- ¿Qué dices, mamá?

ESCENA II.

Dichos, SIRVIENTE, y luego AMERICA.

SIRVIENTE.- Una señorita quiere hablar con la señorita Rosalía.

ROSALIA.- Que entre.

AMERICA.- (Saluda profundamente) ¿La señora de Mendoza?

ROSALIA.- ¡Cómo! ¿Ud. no es la del teatro? ¿Ud. en mi casa? ¿Cómo se ha atrevido?...

GERARDO.- (Bajo a Rosalía) Es necesario pirla primero. Ha de ser asunto interesante. (A América, acercándose a ella). Sír- vase tomar asiento, señorita. ¿Ha venido Ud. a hablar con mi mamá?

AMERICA.- Si señor, Dígnese dejarnos solas.

GERARDO.- En el momento, señorita. (Saluda y se va)

ESCENA III.

AMERICA - ROSALIA.

ROSALIA.- ¿Qué tiene Ud. que hablar conmigo?

AMERICA.- Somos mujeres, señora, y yo tengo por Ud. los más grandes miramientos. La casualidad me ha puesto en posesión de un secreto que compromete la honra de Ud.

ROSALIA.- ¿Mi honra? ¿Qué lisura! ¿Y por qué vomita aquel secreto?

AMERICA.- Me cuesta mucho trabajo, señora. No he querido escribirle, temerosa de que la carta llegue a otras manos. Recado tampoco era hacedero, sin peligro de que lo supiesen quienes debían ignorar. Y Ud. debe saber, señora, debe saber ¡por Dios!, debe saber que peligra indudablemente su honra... No vayan a descubrir los señores de la casa... Llegó a mi conocimiento que el Dr. Casimiro Barrionuevo...

ROSALIA.- ¡El!...¿El lo ha dicho?...

AMERICA.- Me basta con que lo sepa Ud. señora. Juro a Ud., señora, que el secreto no ha sido revelado, ni lo será jamás por mis labios. Júrolo, en presencia del Altísimo...

ROSALIA.- ¿Cuándo lo ha dicho?

AMERICA.- Ayer.

ROSALIA.- Y hoy...¿Dios mfo, qué canalla!

AMERICA.- De manera que ya vino?...¿Pero no debió venir de 9 a 10?

ROSALIA.- ¿Todo lo sabía Ud? ¿Lo sabe también Gerardo?

AMERICA.- ¡Oh no, señora, no, ni lo sabrá jamás...!

ROSALIA.- (Levantando las manos y cayendo en un sillón, abatida) ¡Ave María! ¡Estoy muerta!...¡Esto no es sino castigo de Dios!

ESCENA IV.

Dichos.- ADELA.

ADELA.- ¡Mamacita! ¿Y hoy no oyes misa? (Reparando en América) ¡Ay!

AMERICA.- Buenos días, señorita.

ADELA.- Buenos días...¿Ud. no es la señorita América?

AMERICA.- Servidora de Ud. señorita. Iba yo a salir en este instante. De manera que...

ADELA.- (A América) No se vaya Ud. tan pronto. (A Rosalia) ¿Qué tienes mamacita?

ROSALIA.- Nada, hijita...Hoy ha sido un mal día. (A América) Quédese Ud. con mi hija, señorita. (A Adela). Es la señorita América, la actriz del Municipal. Deseo que se hagan amigas. Conversen un ratito entre las dos...Yo estoy un poco enferma...(A América) Adios, señorita, ¿no? (Vase).

ESCENA V.

AMERICA - ADELA.

ADELA.- ¿A qué casualidad debemos el gusto de tenerla en esta casa, señorita? ¿Ha venido Ud. por ver a mi hermano Gerardo?

AMERICA.- No, en, en, señorita, no por cierto...Lo que me trajo fue un asunto insignificante con la señora su mamá. Ya habíamos concluido.

ADELA.- Ya la he conocido a Ud.

AMERICA.- Y yo también a Ud.

ADELA.- Seremos amigas, ¿no? (Le extiende la mano)

AMERICA.- ¡Oh! con mucho gusto, señorita.

ADELA.- Yo la voy a llamar América: llámeme Ud. Adela.

AMERICA.- ¡Oh! con cuánta complacencia. ¿No teme Ud. degradarse, tratando con una cómica?

ADELA.- No diga Ud. tal cosa, señorita. Las cómicas son otras... Ud. es una señorita...Yo le he oído a mi hermano Gerardo...

AMERICA.- ¿Me conoce el señor hermano de Ud.?

ADELA.- ¿Que si le conoce? (Riendo y palmoteando) ¿No, no lo conoce, no y no! Yo quisiera que estuviese aquí Gerardo, para presentarlos. (Corre a la izquierda y llama) ¡Gerardo! (Vuelve a reunirse con América) Tiene Ud. que ser mi cuñada, ¿No lo sabe?

AMERICA.- ¿Yo?...¿Dice Ud. eso, niña? ¡Dios mío!

(Se abrazan)

ESCENA VI.

Dichos.- GERARDO.

GERARDO.- ¡Cómo! ¿Uds. la una en los brazos de la otra?

ADELA.- Y luego ambas en los tuyos.

AMERICA.- ¿También yo?

(Ambas abrazan a Gerardo)

GERARDO.- Yo no rechazo a ninguna...¿Pero es posible? ¡Mi esposa y mi hermana en mis brazos; ¡Niñas de mi alma; ¡He aquí la felicidad;